

Cuando el público está en posesión de una masa inmensa de documentos y de historias, puede muy bien el historiador que emprende un nuevo trabajo sobre esos documentos e historias, adoptar o el método del encadenamiento filosófico, según lo ha hecho Guizot en su *Historia de la Civilización*, o el método de la narrativa pintoresca, como el de Agustín Thierry en su *Historia de la Conquista de Inglaterra por los Normandos*. Pero cuando la historia de un país no existe, sino en documentos incompletos, esparcidos, en tradiciones vagas, que es preciso compulsar y juzgar, el método narrativo es obligado. (Obra citada, t. VII, pág. 120.)

¿Cómo, pues, el retorno a Lastarria? A mi juicio es posible y aun aconsejable, si se observa que desde entonces hasta hoy ha corrido cerca de un siglo y que en ese tiempo se ha producido un formidable acarreo de materiales. Venció la teoría de Bello, que era la única lógica en ese tiempo, y la labor histórica desde esa fecha ha permanecido dando la espalda a toda ideología, empeñada sólo en dar fe de hechos. Hay en *Oliverio Twist* de Dickens un extraño y odioso personaje, un profesor inglés precisamente, que tiene como estribillo: «Hechos, hechos, nada más que hechos.» Odia el sentimiento; se ríe del corazón; no quiere sino hechos. Es cruel y es egoísta; no atiende a ruegos ni lo doblegan las lágrimas; sólo los hechos lo seducen. Así nuestros historiadores. Durante más de medio siglo han ido acarreado pacientemente datos y documentos para la historia, sin poner en la obra nada o casi nada personal, fuera de unas modestas reflexiones, generalmente muy candorosas, y pobres introducciones y prólogos. El encadenamiento filosófico de los hechos ha escapado a sus miradas. La misma evolución de la sociedad en que viven no ha sido vista por ellos. De allí arranca la noción de esterilidad imaginativa que ha producido esta tierra a los observadores extranjeros.

Cuando uno de esos observadores se asoma a nuestro modestísimo huerto, veía tantos albañiles empeñados en juntar piedras, en despejar la tierra, en agrupar materiales, unas veces con orden y otras sin él, rectificándose los unos a los otros como celosos guardianes de la integridad y nitidez de los detalles más minúsculos, que concluía: «Ese es país de meros eruditos. Allí no hay arte ni se conoce la poesía.» Y tenía razón. Por amor a los hechos mismos hemos despreciado el arte, y la poesía nos ha tenido sin cuidado. Hechos, hechos y nada más que hechos ha sido nuestro lema. De acuerdo con él, no ha sobrado tiempo para la especulación filosófica y no lo ha habido—o muy poco—para ciertos géneros de arte literario. No tenemos imaginación, y en tal grado nos falta que ni siquiera hemos concebido una manera de llegar a tenerla. Presos en la red de los hechos no sabemos libertarnos porque tenemos un infinito horror al vacío, y vacío es para el chileno todo ámbito en el cual no se ofrecen abundantes hechos que comprobar.

Ahora sí se entiende el retorno a Lastarria, que vió con anticipación los ma-

les que iba a acarrearlos la manera curiosísima de hacer la historia que ha dominado en este país pero que propiciaba una triaca inoportuna. Ya tenemos lo que no había en tiempos de Bello y de Lastarria: un abundante caudal de documentos, datos a granel, mil y una versiones del acto más minúsculo. Nuestros historiadores se han entretenido por ochenta años en desmontar los archivos y en llenar con parcelas de ellos sus innumerables volúmenes. Nos han contado todos los hechos y han discutido a rabiar sobre cada detalle oscuro y controvertible. Convencidos, muy honradamente por cierto, de que la historia es una especie de ciencia exacta, han abominado de toda generalización, de toda teoría, de toda idea, de toda especulación. Han hecho historia elemental, de primer grado; es decir, historia sin desbatar. De allí la espantable profusión de sus crónicas, la secuencia interminable de sus colecciones. De allí también la rudeza de forma y el primitivismo del estilo⁽¹⁾. Es lógico que un cronista enamorado sólo del dato no tenga amor a la lengua que escribe. En bello estilo no se puede hacer estadística ya que la estadística no acepta un matiz personal ni una arbitrariedad—lo arbitrario es el dominio propio de la literatura—sino a riesgo de ser infiel. Es decir, de perder la primera condición de

su existencia. ¿Cómo abreviar cuando es preciso ofrecer pruebas y discutir las del adversario? Para rectificar al historiador que ha tratado antes el mismo asunto y para dejar en su sitio la verdad histórica, es preciso aducir testimonios y documentos. No se puede seleccionar porque todos interesan, ni extraer porque se corre el riesgo de trastocar. Vayan, pues, al libro puerilidades y sandeces junto a las palabras discretas y a las buenas razones. Hilvánense las crónicas con palabras descoloridas y zúrzase cada documento al que le antecede y al que le sigue, con el burdo hilo de una retórica casera y sin aliño. Al fin, y al cabo, lo importante es informar y hacer luz.

Hoy lo vemos claro: ya estamos bien informados y ya tenemos bastante luz histórica. Lo importante ahora ya no es, pues, informar. Lo que en el día interesa es pensar, deducir lecciones de ese vastísimo caudal de hechos, es introducir arte y creación en eso que no es sino hacinamiento. Es preciso, en suma, hacer un organismo de ese vasto museo de miembros sin conexión entre sí y poner arquitectura eficaz en ese dilatado cajón de sastre. De allí la necesidad del retorno a Lastarria, en todo lo que la lección de éste sea aplicable a la sociedad actual y en todo lo que su método conserve de vigoroso y de vivo.

Raúl Silva Castro

La obra continental

—Envío del autor—

El movimiento de la juventud latino americana en estos últimos años es síntoma seguro de que se acercan tiempos nuevos. Nunca se vió en nuestras repúblicas el entusiasmo, la rebeldía, la fe en destinos mejores que hoy vibra en todas las capitales, de Norte a Sur de la América Hispana, como si se encendiera el porvenir.

Cuando inicié hace un cuarto de siglo mi prédica en favor de la coordinación de los pueblos del Sur para detener el avance del imperialismo norteamericano, y en con-

tra de las oligarquías que nada intentaron para oponerse a él, nuestras república dormían y fueron pocas las voces que se hicieron eco de mis inquietudes. Hoy arde el Continente en un solo fervor. Los raros intelectuales que se recluyen en el arte por el arte, los escasos escritores que se solidarizan con las dictaduras, se van quedando al margen de la opinión, solos en la playa de donde se retira el mar. Atados a un estado de cosas que la razón condena, hacen esfuerzos inútiles para conservar contacto con las nuevas generaciones. Por no haber sido sinceros, serán sacrificados. Y de la justa sanción saldrán lecciones para el porvenir.

El programa de todas las Uniones, Alianzas, Asociaciones y Ligas anti imperialistas de la América Latina es sensiblemente el mismo, puesto que todas aconsejan en lo exterior una resistencia a los avances de los Estados Unidos y en lo interior una renovación que nos liberte de los cómplices que la tendencia tiene entre nosotros. La actividad de los partidos y de los núcleos de izquierda responde a una ineludible necesidad renovadora.

Es admirable la labor de los hombres que dirigen o inspiran esas entidades, cuya acción resulta cada día más eficaz. Hay que saber lo que cuesta en nuestra América levantarse contra lo existente. Los imperialismos de afuera y nuestros propios gobiernos hacen difícil la vida a cuantos de-

(1) Escapan a esta observación don Diego Barros Arana y don Ramón Sotomayor Valdés, entre los historiadores de primera fila. La obra cardinal del primero, *Historia General de Chile*, en dieciséis volúmenes, es uno de los monumentos indiscutibles de la literatura chilena. No puede decirse de ella que el estilo sea igualmente feliz desde la primera hasta la última línea. Se corrige a medida que la obra avanza, y se hace más fácil y ameno en las notas que en el texto mismo. De modo semejante en la *Historia de las Ideas Estéticas en España*, de don Marcelino Menéndez y Pelayo, el lector ve afirmarse las dotes de estilo de tomo en tomo. Los primeros son simples borradores bibliográficos (me refiero a las ediciones primitivas), mientras que los finales encantan por la soltura de la lengua, la fuerza persuasiva del discurso y el interés de la argumentación.

Las obras del señor Sotomayor Valdés, pocas en número, se distinguen por la elegancia de la forma y por la feliz arquitectura.

En el caso de don Benjamín Vicuña Mackenna, cuyas obras generalmente han visto controvertidas sus fuentes documentales, nos hallamos indudablemente ante un novelista de la historia. Muy pintoresco, muy ameno, el señor Vicuña Mackenna casi no es historiador, por la intervención frecuente de elementos extra-históricos en sus libros. De allí la popularidad del autor de la *Historia de Santiago*. De allí también el escaso aprecio que de sus libros han hecho, los historiadores perseguidores de meros hechos, sin filosofía y sin poesía.